

## EL OTRO JUAN VALERA

¿Quién es Juan Valera? Para el español con cierta inclinación a la literatura, Juan Valera es un fino escritor, enamorado de la belleza y ferviente partidario del arte por el arte. Es también un humanista, buen conocedor de la cultura clásica. Nuestro español sabe, además, que las novelas de Valera tienen como tema central el estudio del proceso psicológico del amor. Tal vez se extienda la cultura literaria de este español medianamente informado a decirnos que Valera es un caso aparte en nuestro panorama literario del siglo XIX; que no es romántico, ni estrictamente realista ni, mucho menos, naturalista. Con esto y algunos datos biográficos dispersos —¿quién ignora que Valera fue diplomático y que pasó ciego los últimos años de su vida?—, las noticias del español medio sobre Valera se han agotado. No le pidamos que haya leído siquiera una novela de Valera, la tan decantada *Pepita Jiménez*. Tampoco fueron muchos los contemporáneos del novelista que la leyeron; tanto es así, que éste pudo quejarse de que la citada novela no le había producido el dinero suficiente para comprarle a su mujer un vestido de Wuorth<sup>1</sup>. Havelock Ellis, en su magnífico estudio sobre Valera, se preguntaba la razón de este desvío, para él enigmático<sup>2</sup>. La respuesta al presunto enigma, y con ella el descargo del lector esquivo, podría ser muy bien el que las novelas de Valera no son lo buenas que Ellis se imagina y que una crítica rutinaria ha venido aceptando. No le han faltado a Valera algunos inteligentes estudiosos de su obra, como Manuel Azaña y Fernández Montesinos<sup>3</sup>; pero sus esfuerzos aislados no han encontrado eco en el lector. El hecho es que las cualidades positivas del novelista se anegan en el mar de sus tremendas limitaciones.

<sup>1</sup> «De la perversión moral de la España de nuestros días», en *Obras completas*, 3.<sup>a</sup> ed., Madrid, 1958, p. 1319.

<sup>2</sup> «Don Juan Valera», en *The Soul of Spain*, 7.<sup>a</sup> ed., Londres, 1929.

<sup>3</sup> MANUEL AZAÑA, prólogo a *Pepita Jiménez*, Madrid, 1927; AZAÑA, «Valera», *La invención del Quijote y otros ensayos*, Madrid, 1934; y JOSÉ FERNÁNDEZ MONTESINOS, *Valera o la ficción libre*, Madrid, 1957.

Reconózcase que Valera empieza por falsear sistemáticamente el escenario y los personajes, creando una Andalucía arcádica que es una burda mixtificación de la verdad. Sobre este marco, irritantemente falseado, urde el novelista sus conflictos, o mejor dicho, su conflicto, pues toda su novelística no es sino un darle vueltas al mismo tema; a saber, la versión al aire libre de las frivolidades amorosas de salón vividas por el propio Varela. Porque ni siquiera su tan ponderada finura psicológica se sale del marco de una esencial frivolidad. Valera analiza bien la marcha de un proceso amoroso, es cierto; pero en un corazón vulgar. Esto es lo mismo que, con peor fortuna, hace cualquier escritor de novelas «rosa». En efecto, Luis de Vargas, Pepita Jiménez y sus hermanos gemelos, de la galería de Valera, no son sino criaturas bien sencillas, casi elementales. Clase media corrientita. Sobre gentes así se ejercita el psicologismo de Valera, nunca sobre un personaje complejo, alguien que tenga el más remoto parentesco con el mundo de un Dostoievski. Y no se diga que lo mismo ocurre, frecuentemente, con Galdós o Balzac y, sin embargo, son grandes novelistas. Porque en ellos los personajes están vistos en su función social, y en Valera, no. Nada sería más inadecuado que acudir a Valera para estudiar la sociedad de su tiempo.

Mucho habría que decir sobre el estilo de Valera, su cualidad más aclamada por la crítica. Un estudio del mismo no cabe en los límites de este trabajo. Baste con dejar apuntado que, en ocasiones, este estilo está notablemente identificado con el espíritu de la Restauración (cuya aparición puede remontarse hasta mediados del siglo XIX). Si aquélla era una sociedad plácida y átona, enferma de bobería y de candor, timorata y roma, el estilo de Valera, a menudo, se impregna de lo mismo: blandengue y exangüe, lleno de esa picardía frailuna y de esa ñoñez que convierte al sinvergüenza en «tuno» o «galopín». He aquí una muestra de literatura para señoritas del novenario: «De repente, como si lograrse desatar un nudo que le apretaba la garganta, como si quebrase un cordel que la ahogaba, rompió Pepita en lastimeros gemidos, vertió un raudal de llanto y dio con su cuerpo tan lindo y delicado sobre las losas frías del pavimento»<sup>4</sup>. Los personajes se expresan con la misma santurronería de que rebosa la anterior descripción. En la misma página una señora Antoñona se desfoga del siguiente modo: «—¡Vea usted —dijo— ese zángano, pelgar, vejete, tonto, qué maña se da para consolar a sus amigas! Habrá largado alguna barbaridad, algún buen par de coces a esta criaturita de mi alma, y me la ha dejado aquí medio muerta, y él se ha vuelto a la iglesia a preparar lo conveniente para cantarle el gorigori, y rociarla con el hisopo y enterrármela sin más ni más.»

El Valera novelista anda falto de una seria revisión. Entretanto, existe otro Valera más digno de recordarse, el Valera preocupado por los problemas de su patria. En efecto, son todavía actuales sus abundantes opiniones

<sup>4</sup> *Pepita Jiménez*, en *Obras completas*, 4.<sup>a</sup> ed., Madrid, 1958, I, p. 159.

respecto a la identidad de España y a la proyección que deba dársele a este país en el futuro. La preocupación por España es una constante en su obra no novelística. Político, hombre de partido, periodista, estuvo durante toda su vida en la palestra. No hubo problema nacional importante a que su pluma no se refiriera. El resultado es una voluminosa producción de índole histórico-político-social mucho más interesante, en nuestra opinión, que sus desmayadas novelas y sus no menos lánguidas poesías. Estas fueron una debilidad que Valera tuvo de por vida; aquéllas, una especie de *hobby* tardío. En cambio, en los otros escritos está el auténtico carácter, la verdadera vocación de nuestro escritor, y en ellos encontramos cosas que son todavía cuestión palpitante para nosotros españoles. Preciso es decir, sin embargo, que el pensamiento de Valera se halla excesivamente influido por su circunstancia personal, lo que supone una grave limitación. Hombre de abolengo aristocrático, los salones fueron para su vida lo que el agua para el pez. Esclavo de las formas, prefería la sociedad de un señorito analfabeto, pero fino, a la de un inteligente asiduo del café del Príncipe, habitualmente ruidoso y algo zafio<sup>5</sup>. Era ésta una cortina sutil que, si le distanciaba un tanto de los intelectuales, le alejaba definitivamente de la plebe. Su bondad natural no bastaría para superar este obstáculo, y así, todo el punto de vista social del escritor delata un prejuicio de clase. Valera sería un liberal «interesado» en que los males sociales estuvieran dentro del orden de la naturaleza. El liberalismo le había dado al hombre la mejor organización económica y social que las cosas permiten. Admite el escritor que hay una posibilidad de mejora, pero no fuera del liberalismo. Este sistema está todavía realizándose y, a compás de su despliegue, la sociedad irá progresando, hasta alcanzar el mayor grado de justicia compatible con nuestra humana condición. Tratar de acelerar el proceso, como algunas doctrinas utópicas pretenden (socialistas, anarquistas y demócratas), es buscarle los tres pies al gato, y el eventual triunfo de cualquiera de estas doctrinas no significaría más que un retroceso en la marcha del progreso. Valera quiere darle tiempo al tiempo. Aunque en un futuro, que quizá valga por siglos, el liberalismo acabará siendo una bendición para todos. Mientras tanto, a aquellos que, como Valera, ya se han beneficiado de sus frutos, no les resulta difícil recomendar paciencia.

Así es como, desde el momento de la aparición del movimiento democrático en España, Valera se situó frente al mismo. La democracia pretende subvertir el orden social, que para Valera equivale a decir el orden natural. Esto no puede hacerse más que por la violencia. Pero, aun así, la violencia triunfante traería sólo una democracia efímera. Valera sostiene que las masas —a las que, evidentemente, desprecia— no podrían gobernarse a sí mismas democráticamente y tendrían que delegar su poder en un tirano. «Digo que la hora de la democracia acaso no llegue nunca, porque si bien

<sup>5</sup> Carta a su padre, 22 de abril de 1850, *Obras completas*, III, p. 34.

basta la fuerza para conquistar el Poder, es menester la inteligencia para conservarle, y la inteligencia colectiva, o dígase la razón impersonal de la plebe, esa especie de voz divina e infalible, ni se oye, ni se puede oír nunca clara y distintamente»<sup>6</sup>. Su desconfianza hacia las masas le hace dudar incluso de la utilidad de la educación universal. «¿Hasta qué punto conviene que la instrucción se generalice? Hay una sentencia clásica en latín macarrónico que dice: *Quod natura non dat, Salamanca non prestat*, por donde se infiere que el tonto, lejos de hacerse discreto, se hace más tonto aún por el estudio»<sup>7</sup>. Hay que añadir, en su beneficio, que, en general, ve con buenos ojos la idea de la generalización de la enseñanza.

Más difícil sería establecer hasta qué punto el estatuto social de Valera influye en sus ideas sobre la nación española. En una época en que el «arianismo» está de moda, el «africanismo» de España no era la mejor recomendación para andar por el mundo. Valera, diplomático, cosmopolita, lo rechaza de plano y acepta una teoría histórica que tiene grandes puntos de contacto con la tesis del historiador actual Sánchez Albornoz. También a Valera le inquietaba este «enigma histórico» que es España, y en busca de una interpretación de nuestra historia, el escritor indaga en el pasado. El resultado de esta pesquisa es ciertamente interesante. Valera, ya lo hemos mencionado, desdeña el elemento africano como parte del espíritu español. Africanos hubo aquí, anteriores a Roma, como hubo germanos. ¿Qué importa al fin? Tanto hubiera valido que la mezcla, en el crisol peninsular, se hubiera verificado con elementos que fueran otros distintos a éstos. No queda ni rastro de «berberismo» en el suelo de España cuando, en el siglo v, se desmorona el Imperio romano. Para Valera, lo mismo que para Unamuno, la raza «biológica» no es el elemento determinante de una nacionalidad. En España, Roma y el cristianismo son los elementos aglutinantes, los que, actuando sobre el «material humano» peninsular, le informan de un espíritu peculiar, el espíritu español. El resultado, repetimos, hubiera sido el mismo si en lugar de berberiscos se hubieran encontrado aquí otros grupos étnicos. Es Roma quien, en definitiva, crea el «españolismo», sin perjuicio de que no hubiera España hasta fines del siglo xv. No la hubo, ni puede afirmarse que existiera una conciencia española, pero, en cambio, sí hubo un carácter, unas cualidades hispanas. Y no sólo las hubo, sino que, después de Roma, han alcanzado ya completa madurez, ya son indestructibles. Valera pone en Roma el principio y, en cierto sentido, el fin de «españolismo». Porque establecido ya éste, con caracteres sólidos e indelebles, nada en lo sucesivo podría turbar su desarrollo, que se iría ejecutando por pura lógica interna, sacando de sí mismo sus propios recursos. Otros pueblos germánicos, después de

<sup>6</sup> En el comentario que hace VALERA al «Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo considerados en sus principios fundamentales», por JUAN DONOSO CORRÉS, en VALERA, *Obras completas*, 3.ª ed., Madrid, 1961, II, p. 1378.

<sup>7</sup> «Meditaciones utópicas sobre la educación humana», en *Obras completas*, III, p. 1391.

Roma, vendrían a nuestro suelo. Para Valera, esta invasión no tiene apenas más trascendencia que la de una visita molesta. Los visigodos tuvieron la alternativa de quedar absorbidos, incorporados al espíritu hispano, quien, por otra parte, no hubiera perdido nada de su esencia, no hubiera sufrido merma o desviación de su identidad, estando ya como estaba sólidamente constituido. Pero los visigodos prefirieron quedarse bárbaros, y el hispanismo, por su parte, siguió imperturbable su marcha a despecho del molesto huésped. En cuanto a los africanos, en su segunda «visita», se quedaron casi ocho siglos con nosotros. Su alternativa era, claro está, la misma: dejarse absorber o ser repelidos. Optaron por dejarse absorber, sin que en el espíritu español quedaran apenas las huellas del trauma. Al menos, Valera trata de convencernos de que así sucedió<sup>8</sup>.

Este «latinismo» de España, Valera lo esgrime contra aquellos extranjeros que se atreven a negarnos incluso nuestra condición de europeos. Porque lo mismo que España, Europa no es creación de raza alguna (en realidad no existe una sola raza pura; el arianismo es un mito pseudocientífico, dice Valera), sino de una civilización, la romana. Siendo España una de las naciones más latinizadas, es también una de las más legítimamente europeas. Valera tiene ojos, sin embargo, y admite que España se halla en decadencia. Pero esta decadencia no puede ser definitiva, porque España no puede morir mientras viva Europa, de la que es un miembro imprescindible. Estamos metidos en un atolladero y hay que salir de él. Desgraciadamente, Valera no tiene una solución a mano. En diversas ocasiones se lamenta de nuestro complejo de inferioridad, como dando a entender que, desaparecido éste, nos encontraríamos en el camino de la regeneración. Una receta complementaria sería el europeizarse, dejando paso franco a las nuevas corrientes culturales:

«... España no puede levantar en sus costas y fronteras un valladar que ataje la corriente del espíritu humano. Todo lo malo y todo lo bueno que trae esta gran corriente consigo tiene por fuerza que penetrar en España, y tiene que lanzar también nuestros espíritus en esa corriente. Si por temor de caer en ella no nos arrojamos, la corriente nos arrastrará y nos llevará por donde vaya. Si tenemos el valor de echarnos a ella, contribuiremos a darle una buena dirección; tomaremos parte en la grande obra; figuraremos entre los pueblos que van al frente de la civilización...»<sup>9</sup>.

Valera comprende la necesidad del cambio; sin embargo, un programa de acción coherente no lo encontramos en su obra.

Otros candentes problemas nacionales merecieron asimismo la atención

<sup>8</sup> «Historia de la civilización ibérica», en *Obras completas*, III, pp. 812-842.

<sup>9</sup> «Sobre la política de "El Contemporáneo"», en *Obras completas*, III, p. 721.

dilatada e inteligente de Valera. Nos referiremos, siempre con la brevedad impuesta por los límites de este trabajo, a los que a nuestro parecer son más importantes, y que podrían agruparse bajo el título genérico de «el problema ibérico».

Interesante es su actitud respecto al regionalismo, tema todavía de actualidad viva en España. Valera sostiene que el regionalismo es malsano y absurdo. Es malsano porque, según él, no tiene raíz histórica defendible. Solamente el fracaso y la decadencia de España explican estos deseos separatistas. Cada región se cree «mejor», culpa a las demás y se siente oprimida por el centralismo. Aquí está sintetizada toda la ardua cuestión. Las regiones tienen una identidad histórica común, y sólo se diferencian por unas ciertas peculiaridades que no afectan a lo esencial. Debajo del pintoresquismo, y sin necesidad de rascar demasiado, sale el «españolismo», por mucho que lo pongan en duda algunos regionalistas. Valera se muestra, sin embargo, conciliador. Concede que el centralismo excesivo ha podido excitar los ánimos regionalistas, y llegaría a considerar una cierta descentralización administrativa. Sobre todo, el renacimiento literario de las literaturas regionales le parece bien. España, hasta fines del siglo xv, había tenido tres idiomas y tres grandes literaturas: gallego-portugués, castellano y catalán. El castellano predominó y luego se ensanchó por el mundo. Debe ser, por lo tanto, considerado la lengua oficial de España; pero no hay razón para que los otros idiomas no renazcan, sobre todo si los escritores regionalistas se avinieran al mismo tiempo a cultivar el castellano. La variedad debe añadir riqueza al conjunto, no restarla. Y es conveniente también que la variedad se detenga dentro de ciertos límites: el idioma de la región gallega debería ser el portugués, y el de Cataluña, el catalán. Nada de más dialectos. Valera se pone en contra de lo que él llama la «babelización» de la Península. Este es un síntoma de decadencia y disgregación, como el calificativo de Valera sugiere<sup>10</sup>. Sin embargo, por más que diga que le place el regionalismo literario, no dejará de expresar ciertos recelos, debidos a que, según él, este regionalismo fácilmente degenera en político. En realidad, de la lectura detenida de Valera se obtiene la impresión de que, en su fuero interno, no aprueba el regionalismo de ninguna clase, a pesar de los panegíricos que le dedicó al mismo. Panegíricos quizá hipócritas, nacidos de la necesidad de contemporizar. En el siguiente texto, por ejemplo, Valera parece expresar sus verdaderos sentimientos:

«No impide [la tendencia uniformante] que haya dialectos y hasta lenguas diversas, ni que persistan pintorescos trajes locales, usos, costumbres y tradiciones; ni que se conserven las

<sup>10</sup> Son abundantes las alusiones al regionalismo en la obra de Valera. Este resumen lo hemos obtenido principalmente del artículo «El regionalismo filológico en Galicia», *Obras completas*, II, pp. 907-910. Otro artículo interesante sobre el tema es «El renacimiento clásico de la literatura catalana», *Obras completas*, II, pp. 805-807.

danzas y los cantares propios de cada región, ni que haya guajiras en Cuba ni en Guipúzcoa zorcicos; pero a la verdad, si a fin de que no se pierdan y perezcan estos y otros primores por el estilo hemos de tener de cuando en cuando guerras civiles que duren siete, diez u once años, en que se consuman grandes riquezas, en que se vierta mucha sangre, y en que casi nos arruinemos, de preferir es la uniformidad más monótona, el olvido de muchas antiguallas, por gloriosas que sean, y la regular división administrativa del país, sin respeto a lo histórico y con la matemática simetría de un tablero de damas»<sup>11</sup>.

Valera se refiere también a Portugal, como parte del problema ibérico. Durante nuestro agitado siglo XIX hubo opiniones para todos los gustos. Ciertos sectores de la política y de la prensa se expresaban con agresividad, y no faltaron los que clamaban por la anexión, lisa y llanamente, del país vecino. Se alegaba que Portugal no era una nación, como en el famoso folleto de Pío Gullón, *La fusión ibérica*, que provocó la ira de los portugueses. Entre otras afirmaciones, dice Gullón que «sólo adquiere Portugal su autonomía figurando separadamente, como dote de una princesa castellana; es decir, es humillación ridícula que nunca podrá tenerse por el origen histórico de una nación»<sup>12</sup>. Y añade que «unida o separada nos imitó aquella región de la península». Hablando de literatura, el autor del turbulento folleto clama que «Camoens y otros nombres tan aislados, aunque menos brillantes, no constituyen por sí solos una literatura»<sup>13</sup>. Valera se opuso enérgicamente a este modo de ver la historia, y se lanza a demostrar que Portugal no sólo es una nación, sino una nación de tan recia personalidad como la misma España. La consecuencia que obtiene es igualmente categórica: la idea de la unión es descabellada. Es fácil juntar gobiernos, pero no nacionalidades. Para colmo de males, hay que admitir que ambos países se desconocen, y si algún sentimiento común les une en nuestros días, es el desdén y el recelo. Y a mayor abundamiento, la unión, en una época de decadencia para ambos países, terminaría a palos, aun en el supuesto de que viniese refrendada por un deseo general. La suma de flaquezas no puede dar como resultado más que otra flaqueza y «donde no hay harina todo es mohína». Sin embargo, la unión peninsular no debe descartarse para siempre. Darle tiempo al tiempo y, entretanto, tender puentes. Valera formula todo un esquema de programa de cooperación hispano-lusa, que serviría para estrechar lazos y preparar el terreno para la futura unión. Esta, naturalmente, tendría que ser una unión de voluntades, querida y deseada por todos. En contra de ciertos políticos insensatos y de ciertos escritores irresponsables, no se

<sup>11</sup> Carta del 18 de abril de 1897, «Nuevas cartas americanas», en *Obras completas*, III, p. 508.

<sup>12</sup> Citado por VALERA en «España y Portugal», en *Obras completas*, III, p. 680.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 681.

debe ni siquiera soñar con la fuerza para llegar a la unión. No se subyugan naciones en nuestros tiempos, tanto, que es posible que veamos la separación de Irlanda e Inglaterra (la profecía se ha cumplido)<sup>14</sup>.

Finalmente, Hispanoamérica. España había perdido casi todo su imperio americano durante el reinado de Fernando VII. Desgraciadamente, con los restos que le quedaron (Santo Domingo, Puerto Rico, Cuba) se mantuvo vivo el resentimiento de todo el continente hacia España. Luego, nuestros políticos cometieron algunos errores imperdonables: una corta guerra con el Perú y Chile, una intentona de instauración monárquica en el Ecuador y Méjico, una represión en Santo Domingo y una guerra contra los insurrectos de Cuba. Todos estos episodios acabaron de arruinar nuestro prestigio en América, ya bastante maltrecho a causa de nuestra decadencia cultural. Y como a partir de la Independencia los libros franceses encontraron un mercado libre en América, las consecuencias se hicieron sentir: la cultura francesa suplantó a la española, hasta el punto que alguien pudo decir que los sudamericanos «hablamos en español y pensamos en francés». Afortunadamente, la emigración francesa hacia Sudamérica fue siempre insignificante, porque, de otro modo, hoy se hablaría francés y no español en aquellos países. Esto hubiera representado, apenas si hace falta decirlo, el colmo de nuestro fracaso histórico<sup>15</sup>.

Valera, pues, vive en una época en que soplan malos vientos para España en América. Se nos acusa exageradamente. Somos el «bárbaro español», que ha destruido civilizaciones superiores a la suya propia (¡ las de los incas y aztecas !)<sup>16</sup>. Los males que sufren aquellas repúblicas son consecuencia de nuestra funesta herencia. Y así es como nuestro prestigio está en quiebra, tanto en el plano político (donde se deja sentir la influencia anglosajona) como en el cultural, dominado por Francia. Este estado de cosas a Valera le afectaba sinceramente. Como luego Unamuno, pensaba que los hispanoamericanos eran tan españoles como los españoles de la Península, y que, al negarnos a nosotros, se negaban a sí mismos. Valera fue un campeón del hispanoamericanismo, y sus *Cartas americanas* —conjunto de artículos publicados en periódicos americanos— constituyen uno de los aportes más valiosos en pro del mutuo entendimiento. Su esfuerzo lo abarcó todo: reivindicación de nuestra historia, afirmación de la unidad suprema de la raza hispana, divulgación de los valores americanos en España y de los españoles en América. Preconización, en fin, de un acercamiento cultural, aunque, con sabia cautela, prefiere que este acercamiento no

<sup>14</sup> VALERA, «España y Portugal», *Obras completas*, III, pp. 675-695.

<sup>15</sup> Sin embargo, el idioma castellano se enfrentaba con amenazas mucho más concretas. Véase «Sobre la duración del habla castellana», en *Obras completas*, II, pp. 1036-1040, comentario de Valera a unas observaciones de Rufino J. Cuervo acerca del porvenir del idioma castellano en América.

<sup>16</sup> Carta del 14 de julio de 1889, «Nuevas cartas americanas», en *Obras completas*, III, pp. 365-368.



trascienda del plano mencionado. Nada de alianzas políticas, al menos por ahora ni en el futuro próximo, porque la suma de tantas flaquezas no puede resultar en nada comparable a la potencia de los cuatro o cinco poderes prevalentes. Todo esto se propuso Valera con tenacidad no exenta, en ocasiones, de ingenuidad. Sus alabanzas a los hispanoamericanos fueron a menudo hiperbólicas, y su deseo de «desafrancesarles» no siempre pudo permanecer oculto. Su intención era patriótica y debemos agradecersele. Fue Valera, en definitiva, uno de los pocos españoles en contacto con los países hermanos, y genuinamente preocupado por el restablecimiento de los vínculos que a ellos nos unen <sup>17</sup>.

La atención de Valera se proyectó hacia otros muchos problemas nacionales, entre ellos el de la enseñanza <sup>18</sup> y el de la libertad religiosa <sup>19</sup>. Imposible extendernos más, y así, terminaremos remitiendo al lector a las obras de Valera, del «otro» Juan Valera. Creemos, en efecto, que podemos seguir pasándonos muy bien sin las novelas de don Juan; pero es otra cosa cuando escribe de España y sus problemas. Ahí merece ser recordado y leído y —lo que es, en parte, gloria de Valera; en parte, defecto de España— tenido todavía en cuenta.

*Queens College of the City University of New York.*

<sup>17</sup> Véase «Cartas americanas» y «Nuevas cartas americanas», en *Obras completas*, III, pp. 211-585.

<sup>18</sup> Véase la ya citada obra «Meditaciones utópicas sobre la educación humana», en *Obras completas*, III, pp. 1391-1438.

<sup>19</sup> «La revolución y la libertad religiosa en España», en *Obras completas*, III, páginas 780-812.

## INDICE

	<u>Páginas</u>
GUILLERMO QUINTÁS ALONSO: «En soi» y «Pour soi» en la «Antropología» de J.-P. Sartre . . . . .	5
SERAFÍN VEGAS GONZÁLEZ: Roman Ingarden: Fenomenología y realidad concreta (Un ensayo ontológico a la luz de los principios fenomenológicos) . . . . .	13
LAUREANO ROBLES: Tajón de Zaragoza, continuador de Isidoro . . .	19
JOSÉ MARÍA DOÑATE SEBASTIÁ: Fiestas y festejos en la Edad Media en la comarca de la Plana . . . . .	27
NURIA SALES: La desaparición del soldado gentilhomme . . . . .	41
MANUEL GARZÓN PAREJA: Notas sobre el azúcar de caña en Granada . .	71
VICENTE MARTÍNEZ-SANTOS YSERN: En torno a la España del siglo XVIII. Transformaciones económicas y lucha por el poder . . . . .	85
M. ARDIT y A. CUCÓ: Aportación al estudio de la reacción señorial en el País Valenciano a finales del siglo XVIII . . . . .	121
VICENTE ERNESTO BELENGUER CEBRIÁ: Los Estados Unidos y las Repúblicas americanas en la primera fase de la segunda guerra mundial . . . . .	139
VICENTE M. ROSELLÓ VERGER: El oleaje y sus efectos geomórficos en las playas meridionales de Mallorca . . . . .	169
JOSÉ QUEREDA SALA: Polop y La Nucía. Aportación al estudio de La Marina . . . . .	179
GABRIEL M. CANO GARCÍA: La vega de Zújar (Granada) . . . . .	201
MARÍA DEL CARMEN CALERO LAFUENTE: Geografía agraria de Almenara .	221
JOSÉ FRANCISCO IVARS: Sobre Albrecht Dürer en su centenario (1471-1528) . . . . .	245
MANUEL LLORIS: El otro Juan Valera . . . . .	259